

*Un safari de
aventura...*



JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

EL ESTEGOBRUJO

DESTINO

JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

EL ESTEGOBRUJO



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The World of Supersaurs. The Stegosorcerer*
© del texto y de las ilustraciones: Supersaurs Limited, 2018
Ilustraciones de Chris West y Jay Jay Burridge
Reservados los derechos morales del autor y del ilustrador
Publicado originalmente en inglés por Supersaurs, un sello de Bonnier Zaffre, Londres
© de la traducción: Andrés Rus Sánchez, 2018
© de la aplicación de Supersaurs: Supersaurs Limited, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2018
ISBN: 978-84-08-18808-7
Depósito legal: B. 10.232-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La llegada en barco

~ la mascota de la nave ~

Puerto de Mombasa, Kenia, 1932

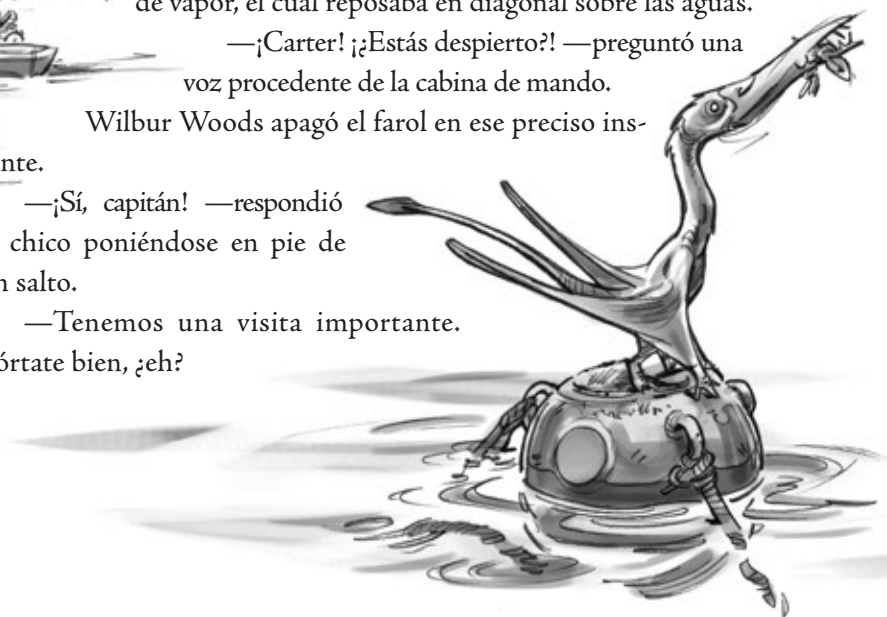
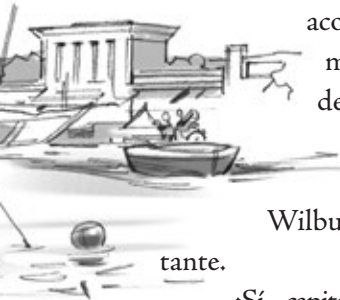
Carter Kingsley se incorporó de golpe entre una maraña de plumas negras. El *Orca* estaba anclado donde la Autoridad Portuaria le había indicado: a una cierta distancia de seguridad de la costa. Había sido un impacto sordo en el casco de la embarcación lo que lo despertó bruscamente. Parpadeó varias veces para quitarse el sueño de los ojos y se frotó la nariz. El tiranus dormía a su lado, respirando de manera acompasada. El intenso resplandor naranja del amanecer comenzaba a bañar con sus vetas doradas el pequeño barco de vapor, el cual reposaba en diagonal sobre las aguas.

—¡Carter! ¿Estás despierto?! —preguntó una voz procedente de la cabina de mando.

Wilbur Woods apagó el farol en ese preciso instante.

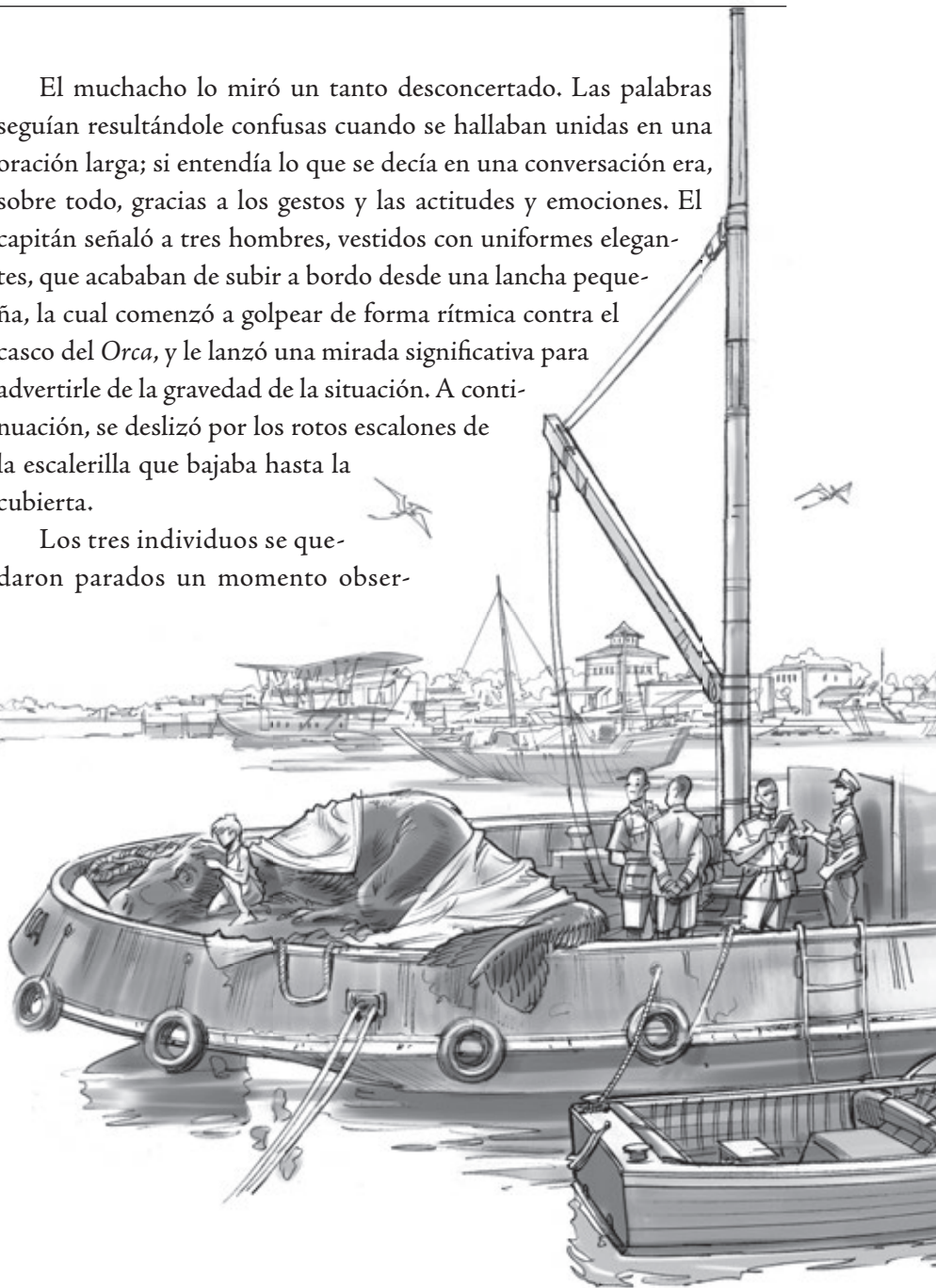
—¡Sí, capitán! —respondió el chico poniéndose en pie de un salto.

—Tenemos una visita importante. Pórtate bien, ¿eh?



El muchacho lo miró un tanto desconcertado. Las palabras seguían resultándole confusas cuando se hallaban unidas en una oración larga; si entendía lo que se decía en una conversación era, sobre todo, gracias a los gestos y las actitudes y emociones. El capitán señaló a tres hombres, vestidos con uniformes elegantes, que acababan de subir a bordo desde una lancha pequeña, la cual comenzó a golpear de forma rítmica contra el casco del *Orca*, y le lanzó una mirada significativa para advertirle de la gravedad de la situación. A continuación, se deslizó por los rotos escalones de la escalerilla que bajaba hasta la cubierta.

Los tres individuos se quedaron parados un momento obser-



vando a Carter; luego, el más alto de ellos lo saludó con la mano y, acto seguido, le entregó al capitán un fajo de papeles. El chico les devolvió el saludo, pero ya nadie pareció hacerle caso.

—Buenos días, capitán Woods. Hemos revisado ya la documentación de todos sus pasajeros. Ningún problema. Sin embargo, sí que lo hay con su cargamento.

El hombre se desabotonó el bolsillo del pecho de su chaqueta y sacó un pequeño y gastado cuadernillo. Con cierta teatralidad, hojeó las páginas de principio a fin y acabó cerrándolo de golpe.

—Este libro es la ley. Me informa de la clase de mercancías que pueden y que no pueden entrar en el puerto de Mombasa. Mi deber como jefe de aduanas es garantizar que dicha reglamentación se cumpla de modo estricto.

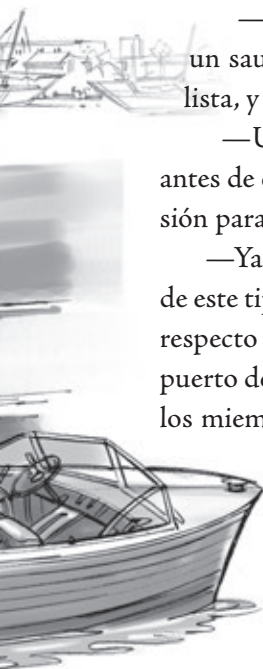
Woods asintió.

—He atracado aquí muchas otra veces, señor...

—Es posible que sí... Pero esta es la primera vez que trae consigo un saurio salvaje, capitán. Más en concreto, uno que no tengo en mi lista, y le recuerdo que esta lista es la ley: un tiranus negro flores.

—Un tiranus enano negro de la isla de Flores —lo corrigió Wilbur antes de encogerse de hombros—. Bueno, siempre hay una primera ocasión para todo.

—Ya lo creo. De hecho, es la primera ocasión en que veo una criatura de este tipo sin estar enjaulado ni encadenado. Existen leyes también con respecto a eso. Y esa es la razón por la que la Autoridad Portuaria del puerto de Mombasa no va a permitir que su nave atraque. ¿Cuántos eran los miembros de su tripulación al iniciar viaje? —preguntó el oficial de aduanas señalando a Carter, el cual, nervioso, dio un paso atrás buscando cobijo en el tiranus durmiente—. ¿Es ese el último que queda?



Sus dos acompañantes se echaron a reír. Al cabo de un segundo, se dieron cuenta de que su jefe no hablaba en broma.

—Ese es Carter Kingsley. Y el tiranus es suyo —replicó Wilbur.

El hombre contempló al chico con desdén antes de responder.

—Los tiranus son para los reyes, los emperadores o los dioses inmortales. No para los niños andrajosos, capitán.

Woods miró al muchacho y, acto seguido, dijo:

—Su libro, señor, la ley, prohíbe la importación de saurios salvajes... Existe una reglamentación al respecto, ¿no es así?

—Correcto.

—Pues bien, este no es un saurio salvaje —respondió el capitán—. Pertenece a Carter. Es la mascota de la nave.

—¿La mascota de la nave?

Los dos subalternos volvieron a echarse a reír, y, esta vez sí, su jefe se les unió.

—Una mascota es un animalito simpático que corretea a tu alrededor y que va en busca del palito cuando se lo tiras. Esto es un tiranus. Algo no incluido en mi lista. Por lo tanto, queda denegado su acceso al puerto de Mombasa.

Carter observó la conversación entre los humanos tratando de descifrar de qué hablaban. Las risas solían significar que se hallaban contentos; sin embargo, el capitán no se estaba riendo, lo cual quería decir que algo no iba bien. Como las carcajadas de los hombres de uniforme fueron en aumento, el tiranus abrió los ojos y levantó la cabeza.

El jefe de aduanas y sus dos acompañantes se quedaron petrificados al instante.

El chico le dio unas suaves palmaditas en el hocico al saurio y le alisó las plumas arrugadas del costado sobre el que había estado recostado.

Entonces, Woods agarró un tablón de madera roída que había junto

a él (del tamaño, más o menos, de un listón de valla de jardín) y se lo acercó al muchacho.

—Tíraselo... —le dijo en voz baja.

Carter entendió a la perfección lo que tenía que hacer. Miró a los hombres, los cuales se habían alejado todo lo posible del tiranus (es decir, hasta la misma popa del *Orca*), se volvió hacia el animal y pegó un silbido. La reacción de la bestia fue instantánea. Se puso de pie haciendo evidente a todos su inmenso volumen, movió el morro de un lado a otro, abrió la boca y comenzó a babear.

—Agárrense bien fuerte a lo que puedan... —les advirtió Wilbur al tiempo que les hacía un gesto señalándoles la barandilla del barco y envolviendo él mismo la muñeca en un cabo que colgaba del mástil.

A continuación, el chico hizo girar un par de veces en círculo la estaca de madera y la lanzó tan lejos como pudo. Todos siguieron con la vista el arco que describió el objeto por el aire antes de hundirse en el agua con un leve chapoteo.

El tiranus miró fijamente cómo el palo volvía a subir hasta la superficie. En ese momento, el chico profirió otro agudo silbido y, como si tuviera muelles en lugar de patas, el saurio pegó un salto desde la cubierta hasta el mar haciendo que la embarcación comenzara a oscilar con violencia de un extremo a otro y los agentes aduaneros cayeran al suelo de bruces.

Para cuando el *Orca* se hubo enderezado y los hombres se hubieron puesto en pie, el animal se hallaba ya nadando de vuelta, con la estaca entre las fauces, igual que un perro que acabara de recuperar su preciado palo de un estanque. Carter se inclinó sobre uno de los costados del barco y tiró con fuerza del palo de madera que la bestia tenía agarrado entre los afilados dientes.

—Soltar.



Al instante, la criatura soltó el objeto y el muchacho retrocedió tambaleándose. Los tres individuos uniformados se quedaron boquiabiertos, en estado de *shock*.

El chico le dio unas palmaditas al tiranus y le dijo:

—¡Pez!

A continuación, el saurio se hundió en el agua y resurgió por el otro costado del barco.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó desconcertado el jefe de aduanas.

—Desayunar —respondió el capitán Woods—. Será mejor que se agarren bien esta vez. Siempre que vuelve a subir a bordo se complica la cosa.

Los hombres se sujetaron lo mejor que pudieron y contemplaron, con los ojos abiertos como platos, cómo el tiranus nadaba y se hundía de nuevo bajo el casco del *Orca*. Durante unos segundos, las aguas permanecieron inmóviles.

Wilbur fue hasta el gran cabrestante de popa y asió la manivela con fuerza. Carter siguió impertérrito con el brazo levantado hasta que, de repente, el saurio resurgió por la parte trasera de la nave con algo grande en la boca. Entonces, el muchacho bajó la mano de golpe y el capitán comenzó a enrollar el cabrestante. Una plataforma se elevó detrás de la embarcación. Todavía con la captura en la boca, el animal nadó hacia ella y se subió encima. Los agentes aduaneros se aferraron un poco más a la barandilla y observaron sin dar crédito cómo la enorme criatura ascendía del mar y volvía a pisar la cubierta con un ruido sordo. Deseoso de complacer a sus espectadores, la negra bestia bajó el hocico, se acercó al oficial y sus dos subalternos y dejó caer a sus pies la mitad trasera de un gran pez. Los tres individuos uniformados trataron de alejarse de ella muy despacio; sin embargo, la barandilla del barco les cortó el camino a sus

espaldas. A continuación, el tiranus dio un paso atrás y procedió a secarse. De la cabeza a la cola, y luego a la inversa, una lluvia de finas gotas se desprendió de su elegante cuerpo, dibujando en el aire arcos de agua marina. Los hombres no pudieron evitar quedar empapados de arriba abajo por la potente y repentina ducha.

Una vez recuperada su silueta original, el saurio miró a Carter, quien le dijo: «Sentar». Al instante, su salvaje mascota se dejó caer sobre el sitio donde se encontraba.

El capitán sonrió y le hizo un gesto de aprobación al chico alzando ambos pulgares.

—Como les iba diciendo —declaró Woods dirigiéndose a los tres agentes aduaneros, los cuales no dejaban de chorrear agua por todos lados—, esto no es un tiranus salvaje.

Acto seguido, miró al chico y, hablando de forma lenta y subrayada para asegurarse de que entendiera la próxima pregunta, añadió:

—Carter, ¿cómo se llama tu tiranus?

—*Buster* —contestó el muchacho—. Él, *Buster*.

—Ahí lo tiene —replicó Wilbur—. Su mascota se llama *Buster*. Confío en que, ahora sí, esté todo en orden y podamos desembarcar...



